

las ocho de la noche, y durante ella habíamos llegado á la vista de las costas de Siria. Como me habia acostado vestido, me levanté al instante, y dije que me enseñasen aquel sagrado monte. Todos se apresuraban á señalármelo con la mano; pero no podia verlo, porque los rayos del sol, que salia ya por el Oriente, me daban en la cara. Aquel instante no era menos respetable por su religiosidad; todos los peregrinos tenian el rosario en la mano, guardaban el mas profundo silencio, y ni aun se atrevian á moverse, esperando se descubriese la Tierra Santa; los papás rezaban en alta voz, y solo se oia este ruido y el del navío, que con viento bonancible surcaba las olas de aquel hermoso mar. De cuando en cuando se volvía á descubrir el Carmelo, y todos se lanzaban llenos de júbilo hácia la proa. En fin, yo mismo lo distinguí semejante á una mancha redonda debajo de los rayos del sol: entonces me arrodillé segun el uso de los latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de la Grecia; pero al ver el país originario de los israelitas y la patria de los cristianos, me sentí penetrado de respeto y de temor. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo su origen la mas sublime poesía; en aquellos lugares donde, aun hablando humanamente, se verificó el acontecimiento mas admirable de cuántos han cambiado la faz del universo, cual fué la venida del Mesías; iba á pisar aquellas costas, que como yo, recorrieron igualmente Godofredo de Bullon, Raimundo de San Giles, Tancredo el Bravo, Hugo el Grande, Ricardo Corazon de Leon, y aquel San Luis, cuyas virtudes admiraron á los mismos infieles. Yo, oscuro peregrino, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra ennoblecida con tan ilustres peregrinos?

A medida que nos acercábamos y se elevaba el sol, se

descubria mas claramente el país. La última punta que divisábamos á lo lejos y á nuestra izquierda hácia el Norte, era la punta de Tiro; se seguia luego el cabo Blanco; San Juan de Acre, el monte Carmelo, y á su falda la ciudad de Caífa, Tartura, antes Dora, el Castillo Peregrino y Cesarea, cuyas ruinas se ven todavía: Jaffa debia estar bajo la misma proa del navío, pero no se la veia aún. Despues iba declinando suavemente la costa hasta el último cabo por la parte del Mediodía, donde parecia desvanecerse: allí comienzan las costas de la antigua Palestina, que van á juntarse con las de Egipto, estando ambas casi al nivel del mar. La tierra, de la cual podíamos distar unas ocho ó diez leguas, parecia en lo general blanca con fajas negras, efecto de las sombras: nada resaltaba en la línea oblícu que venia á formar de Norte á Mediodía, ni aun sobresalia el monte Carmelo, pues todo formaba como una superficie igual, pero mal pintada. El efecto general era muy parecido al de las alturas de Tarara. Una faja de nubes blancas y destacadas en parte de su línea, seguia sobre el horizonte la direccion de las tierras, proyectando al parecer en el cielo el aspecto del país.

El viento que nos habia faltado al mediodía, se levantó de nuevo á las cuatro de la tarde; pero la impericia del piloto fué causa de que pasásemos mas allá de nuestra direccion; de manera que navegábamos viento en popa hácia Gaza, cuando algunos peregrinos, que conocian la costa, echaron de ver la equivocacion de nuestro piloto: fué preciso virar de bordo, perdiendo algun tiempo, y nos sorprendió la noche. Sin embargo, nos acercábamos á Jaffa, y ya se distinguian las luces de la ciudad, cuando soplando de recio el viento de Nord-oeste, el capitan tuvo miedo, y no

atreviéndose á entrar de noche en la rada, volvió la proa y se hizo á la mar.

Estaba yo recostado sobre la popa y desesperábame de verme alejar de la tierra. Media hora despues observé á lo lejos como el reflejo luminoso de un incendio sobre la cima de una cordillera de montañas, que eran precisamente las de Judea. La luna, que era la que producía aquella especie de fenómeno, mostró bien pronto su faz espaciosa é inflamada por encima de Jerusalem. Parecía que una mano benéfica elevaba aquel faro sobre la cumbre de Sion para guiarnos á la santa ciudad. Por desgracia nosotros no seguimos como las nubes el astro solitario, y su claridad solo sirvió para huir del puerto tan deseado.

Al día siguiente, 1.º de Octubre, al amanecer, nos hallábamos abatidos sobre la costa casi enfrente de Cesarea, y nos fué necesario bordear hácia el Mediodía, bien que teníamos un buen viento, aunque corto. Veíanse á lo lejos las montañas de Judea formando una especie de anfiteatro. Desde estas montañas hasta la orilla del mar, se extendía una espaciosa llanura, en la que apenas se percibía alguna tierra cultivada, ni otra habitacion que un arruinado castillo gótico, con un minareto abandonado. La orilla del mar la formaban unas rocas escarpadas, amarillentas y negras, contra las que iban á estrellarse las olas con espantoso ruido. El árabe vagabundo corre esta costa desabrigada y lúgubre, sigue con ansiosas miradas al buque que descubre en el horizonte, esperando aprovecharse de los despojos de su naufragio, en aquella misma tierra en la que Jesucristo mandó dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

A las dos de la tarde bogamos, en fin, hácia Jaffa. Ya nos habían divisado de la ciudad, y enviaban un barco pa-

ra que nos guiase al puerto, y en él despaché á Juan para que entregase las cartas de recomendacion que me habían dado los comisionados de la Tierra Santa en Constantinopla, para los religiosos de Jaffa, á quienes yo mismo escribí cuatro líneas.

Una hora despues de haber partido Juan, anclamos delante de Jaffa, dejando la ciudad al Sudeste, y el minareto de la mezquita al Este cuarta Sudeste. Señalo aquí el rumbo de la rosa náutica por una razon de bastante importancia: los buques latinos fondean ordinariamente mas á lo largo, con lo que se hallan sobre un banco de rocas que pueden cortar los cables; pero los buques griegos se acercan mas á tierra, con lo que tienen un fondo menos peligroso entre la dársena de Jaffa y el banco de rocas.

Jaffa no presenta á la vista mas que un miserable pueblo compuesto de casas colocadas en anfiteatro en el declive de una elevada costa. Las desgracias que frecuentemente han afligido á esta ciudad, han multiplicado sus ruinas. La circuye por la parte de tierra una muralla, que viniendo en semicírculo á terminar en el mar, la asegura de un golpe de mano.

Pronto salieron de todos lados multitud de caïques en busca de los peregrinos; el traje, las fisonomías, el color y la lengua de los patrones de aquellas lanchas, me indicaron al instante la raza árabe y las fronteras del desierto. El desembarco se verificó sin desórden, aunque con la precipitacion que era regular. Aquella multitud de viejos, mujeres y niños no prorumpió, al poner el pié en la Tierra Santa, en aquellos gritos, llantos y exclamaciones de que se han hecho pinturas tan ridículas. Reinaba la mayor tranquilidad, y entre tontos peregrinos yo era sin duda el mas conmovido.

En fin, ví venir un barco con mi criado griego y tres religiosos, que al instante me conocieron por mi traje, y me saludaron con el mayor afecto y urbanidad. Aunque eran españoles y hablaban un italiano, que me era difícil comprender, nos abrazamos como verdaderos compatriotas. Bajé con ellos á la chalupa, y entramos en el puerto por una abertura practicada entre las rocas, y peligrosa aun para un caïque. Los árabes que estaban en la costa, se metieron en el agua hasta la cintura para sacarnos en hombros; y sucedió allí una escena muy chistosa, pues como mi criado llevaba un redingote blanquizco, y como el color blanco es señal de distincion entre los árabes, creyeron que era el jeque, y lo llevaron como en triunfo, al paso que yo por mi vestido azul, tuve que acomodarme en los hombros de un andrajoso mendigo.

Pasamos en seguida al hospicio de los padres, que es una humilde casa de madera, situada en el puerto, pero desde la cual se goza del mas bello punto de vista sobre el mar. Los religiosos me llevaron primero á la iglesia, donde dieron gracias á Dios por haberles enviado un hermano: admirables establecimientos cristianos, por cuyo medio el viajero halla amigos y favorecedores hasta en los países mas bárbaros.

Los tres religiosos que salieron á recibirme se llamaban *Juan Truilos Peña*, *Alejandro Roma*, y *Martin Alejano*; y ellos componian entonces toda la comunidad, porque el superior ó cura, don Juan de la Concepcion, estaba ausente.

Al salir de la iglesia me llevaron los padres á una celdita que me habian destinado, en la que habia una mesa con recado de escribir, una cama, agua fresca y ropa blanca, lo cual no podia dejar de ser muy grato á quien acaba de salir de un buque griego lleno de doscientos peregrinos. A

las ocho de la noche pasamos al refectorio, donde hallamos otros dos religiosos que habian venido de Roma, é iban á Constantinopla, y eran el padre Manuel Sancia y el padre Francisco Muñoz. Dijimos en comunidad el *Benedecite*, despues del *De profundis*; recuerdo de la muerte que el cristianismo mezcla con todas las acciones de la vida para hacerlas mas graves, así como los antiguos le mezclaban en sus banquetes para dar realce á sus placeres. Me pusieron en una mesita aparte y muy aseada, y me sirvieron aves, pescados y esquisitas frutas, como granadas, sandías, uvas y delicados dátiles, con cuanto vino de Chipre y café de Levante quise tomar. Y mientras que deeste modo se me regalaba, los pobres religiosos cenaban un poco de pescado sin sal y sin aceite. Se manifestaban joviales con decoro y familiares con urbanidad; ni hacian preguntas inútiles y de vana curiosidad, pues solo se trataba de mi viaje y de las medidas que habia que tomar para que lo concluyese con toda seguridad. “Ahora, me decian, respondemos de usted á su país.” Habian ya enviado un propio al scheik ó jeque de los árabes de la montaña de Judea, y otro al padre procurador de Rama, y añadia el padre Muñoz: “Nosotros recibimos á usted con un corazon *limpido é blanco*.” Inútil cosa era que este religioso español me asegurase de sus sinceras intenciones, porque fácilmente lo conocia yo en el candor de sus acciones y miradas.

Esta acogida tan tierna y caritativa en un país en donde tuvieron su origen el cristianismo y la caridad, esta hospitalidad apostólica en unos lugares en que el primer apóstol predicó el Evangelio, penetraron hasta mi corazon, y me hacian recordar á otros religiosos que me habian recibido con la misma cordialidad en los desiertos de la América. Y en esto tienen tanto mas mérito los religiosos de

la Tierra Santa, cuanto que ejerciendo la ilimitada caridad de Jesús Cristo con los peregrinos de Jerusalem, conservan para sí solos la cruz que fué plantada en aquellos lugares. Aquel padre del corazón *limpido é bianco* me aseguraba también que la vida que llevaba allí cincuenta años le parecía un *vero paradisso*. ¿Y quereis saber lo que era este paraíso? Malos tratamientos de continuo, esacciones violentas y amenazas de palos, prision y muerte. Estos religiosos, en la última fiesta de la Pascua, hubieron de lavar la ropa del altar, y el agua impregnada de almidon corrió fuera del hospicio y blanqueó una piedra; á poco pasó por allí un turco, y reparando en la piedra, fué á dar parte al cadí de que los padres habian compuesto su casa. El cadí se trasladó inmediatamente á aquel sitio, y declaró que la piedra, que era negra, se habia puesto blanca, y sin escuchar ninguna razon, condenó á los religiosos á pagar diez bolsas. La víspera de mi llegada á Jaffa, un criado del agá amenazó delante de su mismo amo al padre procurador del hospicio de que le ahorcaria, y el agá se estaba en tanto retorciendo los bigotes con una calma extraordinaria, sin dignarse decir una sola palabra al *perro*. Y este es el verdadero paraíso de aquellos religiosos, que algunos viajeros aseguran que son unos pequeños soberanos de la Tierra Santa, y que gozan de los mas espléndidos honores.

A las diez de la noche me llevaron mis huéspedes á mi celda, pasando por un claustro muy largo. Las olas azotaban con fuerza las rocas del puerto con espantoso ruido, de modo que cerrada la ventana, parecia una tempestad; pero así que se abrió, vimos el cielo despejado, la luna brillante, tranquilo el mar, y anclado el navío de los peregrinos. Sonriéndose los religiosos de la sorpresa que aquello me causaba, yo les dije en mal latin: *Ecce monachis si-*

militudo mundi; quantumcumque mare fremitum reddateis placida semper undae videntur: omnia tranquillitas serenis animis.

Pasé gran parte de la noche contemplando aquel mar de Tiro, al que la Escritura llama el *Mar Grande*, y por el que navegaban las escuadras del rey profeta cuando traian los cedros del Líbano y la púrpura de Sidon: aquel mar donde Leviathan deja huellas como abismos;¹ aquel mar, al que el Señor puso límites y puertas;² aquel mar que vió á Dios, temió y huyó.³ No era aquel tempestuoso Océano del Canadá, ni las risueñas olas de la Grecia. Al Mediodía se veia aquel Egipto donde el Señor entró en una ligera nube para secar los canales del Nilo y derribar los ídolos.⁴ Hacia el Norte se elevaba aquella reina de las ciudades cuyos mercaderes eran príncipes:⁵ *¡Uhulate, naves maris, quia devastata est fortitudo vestra....! Attrita est civitas vanitatis, clausa est omnis domus nullo introeunte.... quia hæc erunt in medio terræ.... quomodo si pauca oliva quæ remanserunt excutiantur ex olea, ut racemi, cum fuerit finita vindemia.* “Aullad, naves del mar, porque destruida fué vuestra fuerza.... hundida está la ciudad de las vanidades; cerradas están todas sus casas, y nadie entra en ellas.... porque los hombres que permanezcan en estos parajes, serán como aquellas aceitunas que quedan en el árbol despues de recogido el fruto, ó como los racimos despues de la vendimia.” He aquí otro género de antigüedades espli-

1 Job.

2 Idem.

3 Ps.

4 Is., cap. XIX, 1.

5 Id., cap. XXIII, 14, XXIV, 10, 13.

cadras por otra clase de poetas: Isaías va á ocupar el lugar de Homero.

Además de esto, el mar que estaba contemplando bañaba á mi derecha los campos de Galilea y á mi izquierda los valles de Ascalon: en los primeros hallaba yo las tradiciones de la vida patriarcal y del nacimiento del Salvador, y en los segundos los recuerdos de las cruzadas y las sombras de los héroes de la *Jerusalén*:

Grande e mirabil cosa era il vedere
Quando quel campo e questo a fronte venne:
Come spiegate in ordine le schiere.
Di mover già, già d'assalire accene:
Sparse al vento ondeggiando ir le bandiere
E ventolar su i grand cimier le penne:
Abitti, fregi, imprese, arme, é colori
D'oro e di ferro, al sol lampi, e fulgori.

Y Juan Bautista Rousseau nos pinta en seguida los resultados de esta jornada:

La Palestine, en fin, apres tant de ravages,
Vit fuir ses enemis, comme ou voit les nuages
Dans le vague des airs fruir devant l'aquilon:
Et du vent du midi la devorant haleine
Na consumé qu' a péiné
Leurs ossements blanchis dans les Champs d'Ascalon.

Me era sensible tener que abandonar el espectáculo de aquel mar que me recordaba cosas tan grandes y sublimes; pero fué preciso ceder al sueño.

Al día siguiente, 2 de Octubre, llegó el padre Juan de la

